

ENRIQUE E. RIVAROLA

SOR MARIA

POEMA



BUENOS AIRES

PEDRO IRUME

EDITOR DE OBRAS NACIONALES

350—Rivadavia—850

1886

.

SOR MARÍA

.


.

ENRIQUE E. RIVAROLA

SOR MARIA

POEMA

A Rodolfo Rivarola.



SEGUNDA EDICION

(DE 3,000 EJEMPLARES)

BUENOS AIRES

PEDRO IRUME

EDITOR DE OBRAS NACIONALES

850 - Rivadavia - 850

1886

Impressa LA CAPIT'L, Florida 179

JUICIO DE D. NICOLÁS AVELLANEDA

ACERCA DE «SOR MARIA»

(Contenido en el capítulo que en sus «Escritos» lleva el título de «Poesías de Rivarola.»)

“Hemos nombrado este poema de *Sor Maria*, que es el mayor esfuerzo poético de nuestro amigo —é invitamos á leer las sentidas estrofas en las que se siente verdaderamente el silencio del claustro cayendo sobre las cenizas de las pasiones estinguidas.

“Pero, nos preguntamos: ¿Por qué esta “Musa” del poeta niño se interna tan fácilmente y á cada momento en la iglesia solitaria, para escuchar bajo la bóveda oscura los murmullos del viento que viene á espirar con sollozos al pié de la columna, trayendo los últimos ruidos del mundo? —Los ojos y la imaginación se deslumbran con el colorido de los bellos y variados cuadros ¿Por qué no lo derrama con profusión en sus versos fáciles?—Es argentino y tiene por delante la

Pampa inconmensurable ¿Por qué no le tienta su extensión?

“Enrique Rivarola es hijo de Werther, de René, de Obermann, de las “Meditaciones” de Lamartine y de las Noches de Musset, es hermano Olimpio por su juventud y por su tristeza,—es hijo, sobre todo, de este siglo que ha modelado su corazón;—y sus instintos secretos le advierten ya, apesar de su juventud, que hay mayor inmensidad en la soledad del alma, que en la soledad del desierto.”

(1880)

JUICIO DE « LA NACION », DE BUENOS AIRES

Al publicar este poema

—Publicamos en el folletín de LA NACIÓN de hoy, una de esas composiciones poéticas que enaltecen al autor y deleitan al que las lee.

Sor Maria presenta el cuadro triste, pero fecundo para el alma de un poeta, de una mujer que engaña su vocación y se arrepiente, cuando es ya demasiado tarde, de vivir en el claustro.

Nada falta en el poemita de Rivarola; desarrollo lógico y natural en el argumento; colorido inimitable en la descripción; viveza y energía en la estrofa, y, por último, lo que vale más que todo esto, un pensamiento filosófico profundo y expresado en admirable forma.

Muchas composiciones han aparecido ya, en la prensa periódica de nuestro pueblo, firmadas por el autor de la que hoy publicamos. Empero, no hemos visto en ninguna puesto tan de manifiesto el talento poético de que está dotado, como en *Sor Maria*.

La emoción palpita en el verso con sacudi-

mientos sonoros y ritmo acelerado. Los arranques del final están llenos de magestad y de vigor; y, por último, la conclusión es de un efecto inimitable.

Aquel martirio sin redención, aquel contraste del mundo risueño y el alma desesperada, de la escena tumultuosa de la existencia y la agonía solitaria del corazón, es digna de inspirar á un poeta como Rivarola, soñador y agitado por todos los oleajes del pensamiento, en esa época de la vida en que el alma es una primavera.

Creemos dar un placer á nuestros lectores con la publicación del poemita á que nos referimos, y lo recomendamos especialmente á la consideración de las personas de gusto y á los amantes de la poesía legítima, desprovista de falsos oropeles é hija del sentimiento verdadero y la verdadera inspiración.

(1880)

SOR MARIA .

I

Vése, por la abierta ojiva,
el sol que rueda al ocaso....
Triste el rostro, lento el paso,
va la monja pensativa.
Como paloma cautiva
que en la prisión de una reja
mirando al cielo se queja,
al ver el sol que se apaga,
orando en el claustro vaga,
orando viene y se aleja.

II

Aunque del mundo olvidada,
el recuerdo á veces brota,
como sonido de nota
por la distancia apagada ;
torna la pena borrada,
surje del polvo su huella,
revivè altiva con ella
la llama del sentimiento,
y brilla en su pensamiento
como la luz de la estrella.

III

De todo un mundo pasado
tráe el recuerdo la historia,
y reanima en su memoria
todo el poema soñado ;
el corazón agitado
palpita con fuerza estraña ;
y, al alimentar su saña,
imposible es que no gima,
que el peso que lleva encima
es peso de una montaña.

IV

Recuerda el tiempo risueño
en que sus días brillaron,
en que las horas pasaron
como paisajes de un sueño ;
todo aquel mundo halagüeño
solo para ella maldito,
y que no acalla su grito,
su grito desesperado,—
ni en aquel claustro, encerrado
por paredes de granito.

V

Recuerda la edad de oro
en que escuchó, en los latidos
de los deseos dormidos,
el más dulcísimo coro,—
ese espléndido tesoro
que guarda Dios á los buenos,—
y aquellos días serenos,
en que aún la suerte lóca
no acercaba hasta su boca
la copa de los venenos.

VI

En el dolor que alborota
vió hundirse la vida aquella,
como nave que se estrella
contra los peñascos rota ;
y hoy, que el viento no la azota,
hoy, que roposa en la calma
de las hojas de la palma
inclinadas á la tierra,
¿ por qué como antes encierra
la tempestad en el alma ?

VII

En su mirar se adivina
el pesar, intenso y hondo,—
que su alma muestra el fondo
como el agua cristalina.
Lleva el corazón la espina,
y en los ojos ver se deja
la tortura que lo aqueja,
y la sangre que derrama,—
cual la imagen de una llama.
que en un cristal se refleja.

VIII

Con el paso tembloroso
llega al pié de un Crucifijo,
que, junto al ángulo, fijo,
abre sus brazos, piadoso ;
todo en lúgubre reposo
en aquel recinto calla,
y sólo en su pecho estalla
la enfurecida tormenta,
que á cada recuerdo aumenta
su incomprensible batalla !

IX

Entre sus manos, hundida
deja la cabeza, y llora
esas penas de una hora
que llenan toda la vida ;
y en el pesar sumerjida,
solloza en el claustro sola,
como solloza la ola,
y suspira en sus dolores,
como suspiran las flores
de perfumada corola.

X

Llora . . . y el sol apagando
va el postrer rayo en la nube . . .
la luna tranquila sube
los espacios matizando
rodando, siempre rodando,
arroja, al fin, por la ojiva,
un destello á la cautiva,
que alza los ojos y ruega,
para buscar, si le llega,
una esperanza de arriba !

XI

Las estrellas, esparcidas
aparecen, poco á poco,
por un invisible foco
sobre las noche encendidas ;
las llanuras estendidas,
como una mullida alfombra,
eposan entre la sombra ;
y vagan, en coro suave,
palabras que no se sabe
que labio es el que las nombra.

XII

Sólo, en el recinto oscuro,
donde el bullicio del mundo
nunca interrumpe el profundo
silencio que guarda el muro ;
sufriendo el destino duro
que la suerte le depara,
un ser, de pálida cara,
mira el astro con tristeza,
y levanta la cabeza
cual si con él conversara.

XIII

Es Sor María. Aflijida,
en vano busca el consuelo
en la esperanza del cielo,
en el calor de otra vida :
en su juventud no olvida,
por más que olvidarlo quiera,
qué triste suerte le espera
allí do espera la muerte,
allí donde se convierte
en frío la primavera.

XIV

Quizá el arrepentimiento,
nube de sombras, acude
allí, donde se sacude
la nube de su tormento ;
y siente en el pensamiento
el peso de sus cadenas,
y, en la sangre de las venas,
esa indomable fiereza
de la fuerza y la belleza
abatidas por las penas.

XV

Con el amor contrariado
y la ilusión apagada,
perdida, desesperada,
entró á aquel claustro olvidado ;
pero en el pecho agitado
la paz nó fué duradera,
y tal dolor se apodera
de su corazón herido,
que, lejos de hallar olvido,
como antes, se desespera.

XVI

Esa savia generosa
de juventud que la ajita,
luz de cielo necesita,
y nó tinieblas de fosa.
Al ave, á la mariposa,
y á la humana creatura,
brinda el día su hermesura;
sin el sol, la rosa muere;
tierra la semilla quiere
y nó piedra áspera y dura.

XVII

Flor demasiado temprana,
en vano por el martirio
optó en su fatal delirio,
y en la primera mañana.
No es sombra la vida humana,
no es ilusión su destino,
ni es la ley del peregrino
que cruza el mundo desierto,
enterrarse como un muerto
bajo el polvo del camino.

XVIII

Nunca fué del alma fuerte
por el dolor combatida,
envolver toda la vida
con el velo de la muerte ;
y Sor María lo advierte
y conoce, aunque ya tarde,
que aquella hoguera que arde
y que consume su pecho,
es un porvenir, deshecho
por el ánimo cobarde.

XIX

A consolarla no alcanza
la Cruz que le abre sus brazos,
ni el Cristo, al que, en sus abrazos,
pide piedad y esperanza ;
cada recuerdo que avanza
más la inquieta y la doblega,
y mientras medita y ruega, ¹
en hondo y triste gemido,
el sollozo comprimido
del pecho hasta el labio llega.

XX

La luna se vá alejando,
y, en sus postreros desmayos,
los últimos tibios rayos
por el claustro van pasando;
y Sor María, quedando
á solas con su martirio,
vé, en agitado delirio,
alumbrarse los objetos,
como á los rayos inquietos
que dá la lumbre del círio!

XXI

Amó. La fúlgida estrella
que brilla sobre este suelo,
pasó con rápido vuelo
dejando imborrable huella.
En su alma, joven y bella,
sintió el estremecimiento
de aquel primer sentimiento,—
como la hoja naciente,
al brotar del tronco, siente
el primer beso del viento.

XXII

Amó, con cuanta ternura
pudo encerrar en el alma ;
soñó en apacible calma
un porvenir de ventura ;
y la llama ardiente y pura,
del corazón desprendida,
al encontrarse impelida
por aquel soplo divino,
acarició su destino
con los sueños de otra vida.

XXIII

Y así, sin cesar soñando,
siempre animada queriendo,
al cabo fué comprendiendo
que solo se vive amando.
Los días fueron pasando,
y el corazón á porfía
luchando con la alegría,
dióle, con saña, traidora
una duda en cada hora,
un tormento en cada día.

XXIV

Para borrar de la mente
el recuerdo del despecho,—
saéta que dentro el pecho
se le clavó eternamente,—
fué á buscar la paz ausente
bajo la bóveda fría,
que, si alguna paz tenía,
era la paz de la muerte,
más terrible que la suerte
que la tierra le ofrecía.

XXV

¡Qué!....¿no es más triste, más duro,
dejar la senda del mundo?
¿Acaso es menos profundo
el dolor que encierra un muro?
¿Acaso en el claustro oscuro
no sufre mayor tormento?
¿Acaso acalla el lamento
del corazón que se queja?
¿Detiene acaso la reja
el vuelo del pensamiento?

XXVI

Delirio ¡delirio vano!
La fé más ciega no apaga
el fuego que abre la llaga
en el corazón humano ;—
en el revuelto océano
nadie ataja la maréa ;
y así, cual la ola ondéa
sin hallar dique ni valla,
tras empeñada batalla
la pasión se enseñoréa !

XXVII

¿Para qué ahogar el acento
de la esperanza postrera?
¿Para qué hacer duradera
una pena de un momento?
¿Por qué el continuo tormento?
¿Por qué el ser lleno de vida
deja la senda seguida,
porque no es la del reposo,
para bajar silencioso
á la tumba ennegrecida?

XXVIII

¿Acaso á Dios no se adora
cumpliendo su ley? ¿Acaso
es ley bajar al ocaso
cuando claréa la aurora?...
El alma que sufre y llora
solo calmará sus penas
en las desiertas arenas
donde la encontró su duelo,
allí, donde mire al cielo
sin arrástrar sus cadenas!

XXIX

El Dios, que á todos ayuda,
hace que, siempre, en la vida
á la esperanza perdida
la nueva esperanza acuda;
mas nó que en la cueva muda,
en donde la muerte avanza,—
allí donde la venganza
contra uno mismo se ensaña,—
se eche encima una montaña
y renuncie á la esperanza.

XXX

El claustro quedó más frío;
y la luna, al ir bajando,
en las sombras fué dejando
aquel recinto sombrío;
y en confuso desvârío,
con estraños movimientos,
sombras en los pensamientos
la oscuridad fué vertiendo,
que pasaron, pareciendo
un remolino de vientos.

XXXI

Sor Maria,—interrumpiendo
la quietud con los suspiros,
que en alborotados giros
iban al cielo subiendo,—
el claustro fué recorriendo
desde el uno al otro lado,
como cadáver alzado
desde el fondo de la fosa,
que vaga, y jamás reposa,
por una sombra arrastrado.

XXXII

¡ Quién sabe qué sinsabores,
qué amarga hiel que envenena,
le daba, hasta el borde llena,
la copa de los dolores !
Como se tronchan las flores
cuando el rayo las doblega,
así, arrebatada y ciega,
en su indecible quebranto,
á los consuelos del llanto
desesperada se entrega.

XXXIII

Llama en delirio á la muerte,
ese sueño impertubable
que con afán indomable
en polvo vil nos convierte ;
vuelve á lamentar su suerte,
vuelve á gemir suspirando,
y cada vez vá quedando
más opresa en su delirio,
cual si el peso del martirio
cada vez fuese aumentando.

XXXIV

La soledad aterrante
aumenta su triste duelo,
y si una luz le dá el cielo
se disipa en un instante . . .
Es que la fé vacilante
en vano pretende, en vano,
acallar el océano,
el océano más hondo,
● en cuyo revuelto fondo
grita el corazón humano.

XXXV

Es que, en el triste sendero,
á solas con el destino,
la vida es un torbellino
sin un rumbo verdadero ;
es un soplo del pampero,
que por la estensa llanura,
cruza agitado y murmura,
como un amargo gemido,
que vá sin fuerza, perdido,
á morir en la espesura.

XXXVI

Con loco afán, Sor María,
mira el cielo oscurecido,
como un sudario estendido,
de sombra y melancolía ;
sobre piedra áspera y fría
deja el libro y el rosario,
y del muro solitario
hasta la ventana llega,
dño, rendida, se doblega
como Cristo en el Calvario.

XXXVII

¿ Qué le puede dar la vida
del recinto enmudecido
si no le ha dado el olvido,
si no ha cerrado su herida ?
Ah ! ¡ Quién sabe si, aflijida,
no recuerda aquel cariño
de la madre, el desaliño
del mundo en su eterno sueño,
y tanto rostro risueño,
tantas sonrisas de niño !

XXXVIII

¡ Quién sabe las dulce horas
de su inocente contento
no cruzan su pensamiento
más bellas y halagadoras ;
y compara las auroras
de aquella edad lisonjera,
y el sol de la primavera
que sin cesar la reviste,
con el crepúsculo triste
que adormecido la espera !

XXXIX

Y piensa que al Dios del cielo
amar en el mundo pudo,
sin encerrarse en el mudo
silencio del desconsuelo ;
sin envolverse en el velo
de la decepción y el llanto,
sin cubrirse con el manto
de la noche funeraria,
en la vida solitaria
donde el alma sufre tanto !!

XL

En el confín del oriente
limpio el sol de la mañana,
entre una nube de grana,
aparece sonriente.

Un destello complaciente
que de su centro refleja,
vá á mitigar una queja
que oyó en el claustro desierto.....
y encuentra un cadáver yerto
abrazado de la reja!

Buenos Aires, Agosto de 1880.

•

•

DEL MISMO AUTOR

PRIMAVERALES, poesias, un tomo de 300 páginas (agotado).....		
NUEVAS HOJAS, poesias, un tomo de 100 páginas	1	m/n.
LA SEVERA, leyenda histórica (ago- tado).....		
AMAR AL VUELO, novela de costum- bres estudiantiles.....	1.25	—

EN PREPARACION

LA SEVERA, segunda edicion.
SUICIDA, poema, segunda edicion.